

DE GEOGRAFIA LINGÜÍSTICA

A propósito del cuestionario provisional para el *Atlas Lingüístico-Etnográfico de Colombia*, elaborado en Bogotá por don Tomás Buesa Oliver y el autor de esta nota, en 1955-1956, y publicado por el Instituto Caro y Cuervo en *Thesaurus*, 1957, escribió don Carlos E. Colón un breve comentario en la revista *Bolívar* (Bogotá, núm. 48 (octubre de 1957), págs. 530-533) bajo el título de *Consideraciones en torno al tratamiento de las formas dialectales y aun de los propios dialectos*. En la *Revista de la Universidad de los Andes* (Bogotá, núm. 2 (1958), págs. 45-49) escribí entonces lo siguiente:

Este comentario [del señor Colón] nos da oportunidad para decir a los lectores profanos — de Colombia especialmente — unas palabras sobre el método de trabajo a que corresponde el mencionado Cuestionario. Este fue editado en *Thesaurus: Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, y también en forma independiente, como separata, con 171 páginas. Además de las explicaciones indispensables, y de varios cuadros, tiene más de 8.000 preguntas (se reducirán luego a 2.000 o menos) de léxico, gramática y pronunciación. La sección de léxico está ordenada en familias o grupos de sentido, por ejemplo: el cuerpo humano, vestuario y calzado, vivienda, alimentación, el campo, los vegetales y los cultivos, industrias agrícolas, ganadería, animales silvestres y domésticos, oficios y profesiones, etc. Al final del trabajo se ha puesto un pequeño muestrario de romances destinado a estimular la búsqueda de esta clase de material en los pueblos y campos. El Cuestionario es a un mismo tiempo de lengua y de cultura popular, con atención preferente a la vida campesina, que hoy se transforma con rapidez inusitada. Por la extensión, la variedad de los temas y la cuidadosa preparación, este Cuestionario es sin duda una buena guía para los que quieran contribuir al estudio del español hablado en cualquier país de América hispana.

El Cuestionario — no éste en particular sino cualquiera de su género — forma parte de un método de investigación llamado 'geografía lingüística', que comprende "tres etapas principales (además de la etapa de preparación, en la que se seleccionan los puntos a investigar, se recopila el cuestionario, se establecen los principios metodológicos y técnicos, etc.): 1) la labor de recolección del material, que se realiza mediante encuesta, sobre la base de un cuestionario normalmente idéntico para todos los puntos elegidos, pero también con la ayuda de medios indirectos, como fotografías, dibujos, ilustraciones, o la presentación de los objetos mismos cuyos nombres dialectales se quieren obtener de los interrogados; 2) el registro del material coleccionado en mapas que constituyen los atlas; y 3) el estudio y la inter-

pretación del material proporcionado por los mapas"¹ (el subrayado es nuestro).

Un buen cuestionario es indispensable para hacer las encuestas en el terreno, y tienen que componerlo, naturalmente, personas entendidas. Con él se interroga en forma ordenada a algunas personas en un número más o menos considerable de lugares, dentro del territorio que se desea estudiar. Después de que un recolector — o varios, entrenados adecuadamente para el efecto — reúna los datos en todos los lugares escogidos, se examina el material y se preparan con él unos mapas especiales que muestren la distribución geográfica y los límites de los hechos indagados: palabras, objetos, formas fonéticas y gramaticales, etc.

Para cada sonido, cada forma gramatical, cada palabra y objeto de la investigación se hace un mapa que representa el país o la región, indica todos los lugares donde se encontró el asunto averiguado y señala así claramente su extensión geográfica.

Este método de la geografía lingüística no se ha aplicado todavía en Colombia. Está en boga en Europa y ha comenzado a aplicarse en los países de América. El Instituto Caro y Cuervo de Bogotá quiere emplearlo en el territorio colombiano, lo cual es una empresa nueva en este país, y distinta de todo lo que se ha hecho en Colombia hasta el presente para estudiar lengua castellana o española. En Colombia se ha estudiado y se estudia mucha gramática normativa, preceptiva; el lenguaje se ha estudiado poco, y podemos asegurar que pocas veces se han utilizado métodos rigurosos, objetivos y eficaces.

El Cuestionario lingüístico sirve para ir recogiendo directamente en el terreno los datos con que luego se va a formar el atlas. No olvidemos que éste es sólo una etapa del método geográfico para investigar las hablas dialectales. Los datos del atlas — obsérvese bien — hay que estudiarlos luego, porque el trabajo no termina ahí, hay que interpretarlos, y este estudio lo hacen, bien sea los mismos encuestadores, o los autores y directores de los mapas, u otros investigadores, aunque no lo sean precisamente de geografía lingüística. Sobre los materiales ya cartografiados pueden hacerse observaciones importantes relacionadas con el dialecto, con el lenguaje en general, y con la historia, la geografía, la sociología, la psicología, etc. Los atlas son, pues, valiosísimos medios de trabajo, con "ventajas de claridad y evidencia inmediata de los fenómenos, y garantías de unidad técnica, de homogeneidad del material, y de densidad de puntos estudiados que no pueden reunir las simples investigaciones puntuales. Y, sobre todo, "no presenta(n) los hechos aislados, en un solo hablar, sino en el conjunto de hablares en los que se articula un dialecto o una lengua"², ofreciendo para cada fenó-

¹ Véase EUGENIO COSERIU, *La geografía lingüística*, Montevideo, 1956, págs. 11-12.

² El subrayado es mío.

meno una visión espacial simultánea que permite importantes inducciones de orden histórico, general y comparativo”³.

Con todas las fallas o deficiencias que pueda tener, el método de investigación geográfica es una de las grandes conquistas de la ciencia lingüística en el siglo veinte. Al principio fue — hay que reconocerlo — mera recolección y registro de materiales (y esto es lo único que ven todavía algunos no bien conocedores del método), pero poco a poco los investigadores lo han ido mejorando. Quiero recordar, así sea en escueta enunciación, algunos puntos en los que este método ha contribuido al progreso de los estudios de lenguaje, progreso especialmente notable en el dominio de los idiomas romances o derivados del latín:

La interpretación de los mapas ha desechado dogmas, ha confirmado hipótesis y ha puesto en evidencia nuevos hechos, contribuyendo a aclarar y modificar profundamente una serie de problemas que hoy se conocen mucho mejor que hace cincuenta años, o se plantean de manera muy distinta. La geografía lingüística ha contribuido a demostrar que las palabras son formas de cultura que se difunden junto con los conceptos y los objetos de civilización. Ha hecho ver claramente que cada palabra, cada forma lingüística tiene su propia historia, y ha contribuido de esta manera a modificar la concepción misma de la historia de la lengua, que se ve ahora como un juego constante entre innovación y conservación, entre el hablar concreto del individuo y la lengua de la comunidad. Al método geográfico se debe en gran parte el hecho de que la lengua pueda verse hoy, ya no como organismo autónomo, con vida independiente de los hablantes — punto de vista hace mucho tiempo superado, pero vivo aún entre los aficionados a la gramática como “arte de hablar y escribir correctamente” — sino como un sistema ideal que se estructura sobre la base del hablar concreto, y como unidad y continuidad de una tradición lingüística en una comunidad⁴.

La geografía lingüística va a la realidad viva del habla, dejando a un lado el criterio demasiado abstracto, rígido y masivo de la gramática histórica, cuyas leyes fonéticas aquélla puede a veces corregir con los descubrimientos que haga en el terreno. Por otra parte, es un método relativamente ‘objetivo’, y toma el habla como fin del estudio, no como instrumento, a la manera de los semasiólogos o semantistas: para ver qué hay detrás de la expresión, qué contiene, qué significa. La geografía lingüística va del concepto a su expresión; los semantistas proceden al contrario.

Los atlas son resultado de investigaciones sistemáticas, no aisladas o desordenadas, hechas con un propósito esencial previsto de antemano: averiguar la distribución y los límites geográficos de un

³ COSERIU, *op. cit.*, págs. 22-23.

⁴ *Id.*, *ibid.*, págs. 22-23.

número determinado de fenómenos lingüísticos en un territorio dado. En los atlas más recientes se presentan, además, temas de folclor y etnografía que multiplican su interés.

La geografía lingüística no sirve para saber todo lo que a cualquiera se le ocurra en materia de lenguas y dialectos. Es incorrecto pretender tal cosa. Creo que no sirve, por ejemplo, para hacer estilística de la lengua, para hacer la individualización emotiva de un dialecto. Me parece que no se puede identificar bien un dialecto — como piensa el señor Colón — haciendo la etimología de sus vocablos y buscando lo que haya de emotividad en sus metáforas, onomatopeyas, comparaciones, hipérbolos, formas humorísticas y eufemísticas, etc. Los métodos semánticos son muy subjetivos y, aunque contribuyen de seguro al conocimiento de un habla, en ningún caso bastan para individualizarla, para señalar todo lo que tiene de peculiar, lo que permitiría tratarla como dialecto.

Está bien que se busque el contenido de emoción que hay en las hablas, y, mejor aún: que se averigüe cómo se expresan lingüísticamente las emociones, cómo funcionan y cómo se distribuyen los modos de expresarla en un habla determinada. Pero no se puede olvidar que en las lenguas vivas hay, además, mucho de imaginación, de pensamiento, de voluntad, y que en su vida hay, aparte de circunstancias internas, influencia de la geografía, de la historia, la administración, la economía, la política, la cultura, las comunicaciones, la evolución social, y en fin, de la actividad toda del hombre.

Cualquier lengua, cualquier habla es un nudo o complejo de factores y relaciones, y para analizar esa realidad hay que atacarla por todos los frentes. Los múltiples aspectos del fenómeno lingüístico requieren diversos métodos de estudio. Los idiomas y dialectos vivos hay que enfocarlos, pues, de distintas maneras, analizarlos con variados intereses y puntos de vista. En ningún método se puede tener fe absoluta. A todos se escapan muchos hechos. Ninguno resuelve todos los problemas.

La geografía lingüística ha sido y es todavía uno de los métodos más útiles de investigación, pero es claro que no sirve para todo. Su aplicación, además, no excluye en ningún caso la de otros métodos: pueden muy bien emplearse varios en el estudio de un mismo idioma o dialecto. Y pueden muchos investigadores unirse y trabajar con sus diversos criterios y métodos sobre unos mismos problemas, en la seguridad de que entre todos apenas lograrán iluminar una pequeñísima parte de verdades que ninguno alcanza a descubrir por sí solo íntegramente.

De ningún método puede afirmarse que es "el único válido" para el análisis lingüístico. Todos tienen algo de "bueno" y algo de "malo". Que uno sea decididamente "malo", por ejemplo el de la geografía lingüística, es cosa que no se debe ni siquiera pensar. El método geográfico o espacial está justificado por la realidad de los hechos, y sigue contribuyendo hoy al progreso de la ciencia.

Que se estudie, pues, el castellano de Colombia con el método que

sea, con uno y con todos, pero que se estudie en todo caso con rigor y seriedad.

LUIS FLÓREZ.

SEMINARIOS DE CASTELLANO

En el segundo semestre de 1958 participé activamente, como profesor, en tres seminarios de castellano, los primeros, tal vez, que se han hecho últimamente en Colombia sobre la materia. El primero, con 20 profesores norteamericanos, sobre la lengua en América; el segundo, en el Instituto Caro y Cuervo, con 15 jóvenes colombianos, para enseñarles un método de trabajo lexicográfico y aplicarlo al estudio de realidades nacionales; el tercero, con 80 profesores colombianos de castellano y literatura en la enseñanza secundaria (éste realmente no era 'seminario' sino un cursillo de orientación e información).

Resumo y enuncio inmediatamente algunas de las observaciones que hicimos durante el trabajo con los profesores nacionales, observaciones íntimamente relacionadas con circunstancias y necesidades urgentes de la educación actual en Colombia:

1) El castellano es una materia muy interesante. Lo que falla son los profesores.

2) El castellano hay que tratarlo como lengua viva, y relacionarlo constantemente con manifestaciones y realidades de la vida nacional.

3) El castellano hay que concebirlo con criterio activo. Tenemos que aceptar que no quedó definitivamente hecho en el pasado sino que todavía estamos haciéndolo, entre todos los que hablamos y escribimos. El idioma es herencia y cambio: una gran masa de materiales permanece igual — o casi igual — a través del uso, del tiempo y el espacio, pero gran cantidad, sobre todo de palabras y significados, cambia constante e inevitablemente, pues el destino de las lenguas vivas es transformarse, evolucionar, siguiendo las mutaciones de la vida y la sociedad humanas.

4) El estudio del idioma no debe empezar por la gramática, ni dedicarle a ella la mayor parte del tiempo en ninguno de los cursos. Desde el principio hay que atender mucho a otros aspectos importantes: fonética, fonología, ortología y ortografía; trabajos para observar, pensar, hablar, escuchar, leer, enriquecer constantemente el vocabulario, escribir, conocer la historia de la lengua y las mejores obras de todas las literaturas.

Nuestro idioma, ampliamente concebido y bien enseñado, es una materia extraordinariamente formativa, un gran instrumento de cultura y enriquecimiento espiritual.

5) La gramática que hoy se enseña en escuelas, colegios y universi-